

QUI MULTO PEREGRINANTUR, RARO SANCTIFICANTUR

(Bandidaje y Picaresca en la ruta Jacobea)

JORGE RIVAS

*_Este artículo es reescritura de un texto de D. JOSÉ MANUEL SALGADO

No siempre fueron razones nobles y piadosas las que motivaron el viaje a Santiago. A lo largo de la ruta jacobea bandidos y pícaros hicieron su agosto y tuvieron la oportunidad de vivir del cuento sin más. En nombre del Apóstol, muchos falsos penitentes, gallofos, malandrines y truhanes transitaban por la ruta "haciendo carrera".

Peregrinar a Santiago no debía resultar precisamente un paseo por el campo. Los peregrinos debían enfrentarse tanto a los peligros naturales como a los que suponían los falsos peregrinos y los bandidos que asaltaban o secuestraban a los incautos: "Yo vi en cierta ocasión, en el camino de Santiago, a un ahorcado que, antes de que lo colgasen, acostumbraba a apostarse de madrugada a las afueras de cualquier pueblo para animar a los peregrinos. Gritaba con voz muy alta: "Deus adiuvu, sancto Jacobe". Y cuando algún peregrino caminaba con él, iba a su lado durante un rato, hasta que se encontraba en un lugar solitario donde esperaban sus compañeros y todos juntos le robaban y mataban".

Esto nos lo cuenta el francés Aymeric Picaud en su "Liber Sancti Jacobi" (1139) que incluye la primera guía para peregrinos, el "Códice Calixtino". Durante el siglo XII la ruta jacobea conoció un período de esplendor en el que riadas de peregrinos acudían de toda Europa. Pero como gran parte de la población vivía en la miseria, muchos se dedicaron a vivir a cuenta de los viajeros.

El Códice Calixtino ya advertía sobre las actividades de nuestros protagonistas. Los barqueros gascones cobraban precios abusivos por cruzar los ríos e incluso el intento de cruzar podía ser arriesgado. Los recaudadores de portazgo cobraban ilegalmente el impuesto a los peregrinos y los cambistas medraban con el engaño y la estafa gracias a la diversidad de monedas (soles, maravedíes y coronas...). A lo largo de la ruta proliferaban posadas y fondas en las que se ejercía con notable mérito la picaresca. Posaderos y mesoneros de dudosas aficiones solían rebajar el vino con agua, cobrar precios desmesurados e incluso despojar a los viajeros durante el sueño.

Como consecuencia, el viaje a Santiago comenzó a tener mala prensa. Pero para quienes ostentaban el poder, los peregrinos eran una "mercancía valiosa". Así, se fueron promulgando leyes -las Partidas de Alfonso X, el Fuero de Estella, etc.- tendientes a proteger a los peregrinos y mejorar la seguridad de la ruta jacobea.

A lo largo de todos los caminos de la ruta surgió una importante red de hospitales pensados para los más humildes de entre los viajeros.

de manera que cada diez o doce kilómetros había un hospital o albergue. Además de cama se daba de comer a los peregrinos, si bien el menú variaba en función de la importancia del establecimiento: en Astorga, un vaso de vino blanco y una libra de pan; en San Francisco de Oviedo, sopa, bacalao y pan. Un menú más que razonable para la época. Cualquiera podía comer gratis durante un tiempo indefinido sólo con llegar a tiempo a la hora del reparto.

Veamos un ejemplo: el francés Guillaume Manier, natural de la Picardía, llegó a Santiago el 1 de Noviembre de 1726 con dos compañeros. Primero oyeron misa en la catedral y luego, a las once de la mañana, comieron sopa,



El camino de Santiago a su paso por el término de San Justo de La Vega, con el famoso crucero de Santo Toribio.

Foto: José Ricardo García Ramos

carne y pan en el convento de San Francisco. Al mediodía en San Martín Pinarío comieron sopa, carne, bacalao y pan. A la una recogieron el pan que repartían en el convento de Santa Teresa y a las dos hicieron lo mismo en la casa de los Jesuitas. Se despidieron a las cuatro con una cena a base de sopa en el convento de Santo Domingo.

Seguramente esta generosidad hospitalaria fue la causa del aumento de los falsos peregrinos o gallofos -la gallofa era una especie de sopa de pan que se daba a los peregrinos pobres en los hospitales franceses- a medida que avanzaba el siglo XV. Los gallofos vivían por la cara viajando de hospital en hospital y de pueblo en pueblo vestidos con esclavinas y vieiras; pedían limosna y se alojaban gratis. Hubo, pues, que limitar la permanencia en los hospitales a unos pocos días: en el Hospital Real las ordenanzas de 1524 establecen cinco noches en invierno y tres en verano.

En 1532 el concejo compostelano fue más allá prohibiendo permanecer más de tres días en la ciudad a las "moças e moços vagabundos que, so color de romeros e peregrinos, andan furtando e robando e belitreando e bellaqueando".

Tormentas, nevadas y lobos debieron ser como un juego de niños en comparación con los riesgos y peligros que representaban las

bandas de ladrones. Ya en 1478 el rey Fernando el Católico, ante la avalancha de denuncias, ordenó que se persiguiera a "algunos caballeros et escuderos et otras personas de dicho Reyno de Galicia..." que robaban y secuestraban a los peregrinos. Destacó por su celebridad la banda de los "Coquillards" -compañeros de la concha, en alusión de la vieira que llevaban- que contaban con estructura jerárquica y lenguaje particular, el "jargón", y que extendieron sus actividades en los alrededores de Dijon. Dichas actividades resultaron muy lucrativas durante seis años, hasta que, en 1455, fueron detenidos y condenados a muerte. Otra banda muy famosa fue la de Regnier de Montigny, en Poitiers.

Un caso digno de ser citado es el de Bartholomeus Cassanu, de Génova. En la noche del 11 de Abril de 1586 forzó la entrada de la iglesia parroquial de Zarauz, en Guipúzcoa, y robó objetos de gran valor. Le debió parecer que la cosa iba bien y repitió la experiencia en la villa de Salas, en Asturias, pero lo cogieron con las manos en la masa; fue condenado a la horca y posteriormente descuartizado, y sus restos se esparcieron, expuestos por los caminos.

Abundaban también los que peregrinaban por un fallo judicial, práctica frecuente en los Países Bajos desde el siglo XIV. EL condenado por injurias, lesiones y otras faltas podía ser obligado a ir a Roma, Santiago u otros lugares. Esto no hizo sino aumentar el número de maleantes que se desplazaban por la ruta jacobea.

En la villa francesa de Saint-Trond, por ejemplo, las parejas de adúlteros eran condenadas a peregrinar a San Martín de Tours; si tras el viaje aún permanecían viviendo juntos, el destino era Compostela. Y si al regresar no se habían separado todavía, se les desterraba de por vida y se les amputaba un pie o una mano. Sólo en Amberes se conocen unos 2500 fallos judiciales entre 1415 y 1517.

Todo esto llevó a que, ya bien entrado el siglo XVI, el peregrino -verdadero o falso- comenzase a ser mal visto por donde pasaba.

Era muy difícil distinguir al piadoso del truhan.

BIBLIOGRAFÍA

- "Guía del peregrino medieval". Trad. Millán Bravo Lozano. Centro de estudios del Camino de Santiago. Sahagún (León), 1991
- "Las peregrinaciones a Santiago de Compostela". Vázquez de Parga y otros. Gobierno de Navarra. Pamplona, 1992
- "Los peregrinos del Camino de Santiago". Juan G. Atienza. Ediciones Temas de Hoy. Madrid, 1993.

* Jorge Rivas es profesor de enseñanza primaria.